

**INCORPORACIÓN DEL ACADÉMICO
D. OSWALDO HOLGUÍN CALLO
A LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA**

**Discurso de recepción por el académico
D. José Agustín de la Puente Candamo**

Me es muy grato intervenir en este acto de incorporación de Oswaldo Holguín Callo a la Academia Peruana de la Lengua. Un entretejido de recuerdos se asocian en mi ánimo. Oswaldo Holguín ingresó a la Universidad Católica en 1967, y desde los primeros años demostró interés y afecto por los estudios históricos y por la vida del Perú. Sin duda, uno de los momentos más gratos para un profesor es el del descubrimiento de la vocación del estudiante; es el momento en el que advierte las capacidades básicas del alumno, tanto para la investigación como para otras facetas de la vida académica. Oswaldo Holguín mostró, especialmente en los seminarios y en sus investigaciones iniciales, minuciosidad, espíritu crítico y visión amplia de los sucesos. Recuerdo con claridad su participación en el Seminario de Historia del Instituto Riva-Agüero, donde trabajamos la vida de Lima durante la ocupación en la Guerra del Pacífico. En fin, hoy ingresa a la Academia Peruana de la Lengua un amante de la lectura y de la crítica y un experto en la República del siglo XIX, uno de sus temas más queridos.

De su amplia bibliografía quiero citar de modo especial tres libros: *Tiempos de infancia y bohemia. Ricardo Palma (1833-1860)* (Lima, PUCP, 1994); *Poder, corrupción y tortura en el Perú de Felipe II. El doctor*

Diego de Salinas. 1558-1595 (Lima, Congreso del Perú, 2002); y *Cafés y fondas en Lima ilustrada y romántica* (Lima, USMP, 2013). Quisiera, además, plantear algunas reflexiones sobre el siglo XIX peruano, que ha sido objeto de muchos de los trabajos de Oswaldo Holguín. ¿Cuál es la entraña, el meollo, de la República del XIX? Este es uno de los derroteros que el recipiendario ha trabajado con mayor intensidad.

En las primeras décadas de la República, especialmente entre 1822 y 1845, nuestros abuelos vivieron –tal vez sin advertirlo conscientemente– dos procesos: uno, el de la creación del nuevo Estado; el otro, el de la transformación progresiva de la sociedad por las influencias que llegaban del exterior, por los cambios en las costumbres y por la presencia de grandes inventos en el orden científico y técnico; y por la presencia de hombres con capacidad singular para la investigación. Así, se vivió el fenómeno de la continuidad y el cambio, que se convierte en un criterio apasionante para el estudio. La idea del Perú era cierta, como lo era también la existencia de la comunidad peruana, de la persona moral que era el Perú; sin embargo, era un reto complejo y muy difícil el de asumir de un día a otro la tarea y la responsabilidad de conducir el país. Este es el germen del gran debate entre monarquía y República de los días de San Martín. Más difícil que ganar la Guerra de Independencia era crear la autoridad que reemplazara al rey, y en esa dificultad germinó el vacío de poder que fue la fuente inmediata del caudillismo.

Hasta mediados del siglo XIX subsistió la vigencia de leyes españolas en el amplio campo del derecho civil, y en el espíritu de los hombres de ese tiempo comenzó a madurar una visión pesimista y negativa. Bartolomé Herrera, en la “Oración fúnebre” en ocasión de la muerte del presidente Gamarra, expresó:

En lugar del antiguo monarca hemos establecido otro poder. Bien: le hemos establecido. Pero ¿quién, fuera de muy pocos y escogidos varones consuelo de la patria, ha pensado en someterse a este poder salvador? El principio de la obediencia pereció en la lucha de la emancipación. Los corazones se hallan, desde el año de veinte en un estado de habitual

rebelión; y hacen a la autoridad nacional, para su propio daño, una guerra tan ardiente y tenaz ahora, como la que hicieron para su bien entonces¹.

El mismo Bartolomé Herrera, el 28 de julio de 1846, consideró la formación histórica del Perú y subrayó la presencia de lo andino y de lo español en la síntesis creadora de la nacionalidad.

La República vivió, pues, años de inseguridad y de desconfianza; en algunos hombres germinó alguna forma de desengaño. El mismo San Martín, poco antes de morir, en carta a Castilla, afirmó:

Los cuatro años de orden y prosperidad que bajo el mando de U. han hecho conocer a los peruanos las ventajas que por tanto tiempo les eran desconocidas, no serán arrancados fácilmente por una minoría ambiciosa y turbulenta. Por otra parte, yo estoy convencido que las máximas subversivas que a imitación de la Francia quieren introducir en ese país, encontrarán en todo honrado peruano, así como en el jefe que los preside, un escollo insuperable: de todos modos es necesario que los buenos peruanos interesados en sostener un gobierno justo, no olviden la máxima que más ruido hacen diez hombres que gritan que cien mil que están callados².

Castilla, desde 1845, emprende la tarea de organizar el Estado: se aprueba el primer presupuesto de la República; en 1852 se aprueba el primer código civil; en 1854 se declara la abolición de la esclavitud. Leyes de diverso contenido responden a la misma intención de organizar el Estado, y principia un tiempo que Basadre ha definido como de “prosperidad falaz”, en el cual hay bonanza económica y desarrollo material, y se abre un momento de esperanza. En este ambiente, y en el entretejido de ilusiones y temores, aparece, a partir de la década de 1830, la generación

-
- 1 Herrera, Bartolomé. “Oración que en las exequias celebradas el día 4 de enero de 1842 en la Iglesia Catedral de Lima por el alma de S. E. el Jeneralísimo Presidente de la República D. Agustín Gamarra, muerto gloriosamente en el campo de Incahue, pronunció el Dr. D. Bartolomé Herrera, Cura y Vicario de Lurín”, en *Escritos y discursos* (Lima, Librería Francesa Científica y Casa Editorial Rosay, 1929), I, pp. 17-18.
 - 2 San Martín a Ramón Castilla, en *Revista Peruana*, 2, p. 42.

de los románticos, que forman el núcleo de la disertación de Oswaldo Holguín, que hemos escuchado con interés.

El cariño a la tierra, el amor a la naturaleza, la exaltación de los valores de la persona, conviven con las carencias, con ciertas contradicciones de la época, y transmiten una línea de ilusión y de esperanza. Este es el núcleo central de la investigación de Oswaldo Holguín. Desde los primeros pasos de Melgar en los días de la revolución de Pumacahua, hasta finales del siglo XIX, son múltiples y diversas las expresiones de los románticos. Está presente el político que asume una función que aparece como salvadora; no se puede olvidar al militar que, como Felipe Santiago Salaverry, encarna la juventud y la esperanza, y se despide de su mujer, antes de su fusilamiento en la plaza de Arequipa, con una carta de gran dramatismo. Y están, al lado de Salaverry, otros militares y políticos que encarnan en una y otra circunstancia el espíritu romántico de amor a la propia tierra y de esperanza en el servicio que quieren ofrecer.

Creo que no es impertinente preguntarnos: con los románticos, ¿qué otras actitudes intelectuales y afectivas se desarrollan, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX? Pienso en lo que podríamos llamar la sistematización o el ordenamiento de la historia del Perú. Desde los días del virreinato teníamos a la mano memorias, anales, artículos sobre costumbres, sobre el pasado peruano y sobre el territorio peruano, pero carecíamos de una obra que ordenara la suma de conocimientos sobre el Perú. Sería exagerado hablar de una generación de historiadores, pero sí es cierto que en la segunda mitad del siglo XIX algunos peruanos ejemplares, por su espíritu de trabajo e inteligencia, organizaron lo que podríamos llamar la historia del Perú como sistema de conocimiento. Al lado de Ricardo Palma y Carlos Augusto Salaverry, al lado de Manuel Nicolás Corpancho y Clemente Althaus, deben estar presentes los nombres de Manuel de Mendiburu y de los hermanos Mariano Felipe, Mateo y José Gregorio Paz Soldán, que con Sebastián Lorente y con los hombres de *La Revista de Lima* se dedicaron a ordenar el conocimiento de la historia del Perú.

Algunas menciones bibliográficas son interesantes. A Mariano Felipe Paz Soldán, que fue un hombre múltiple –abogado, periodista,

juetz y promotor de obras materiales—, le debemos cuatro volúmenes capitales en la memoria de los peruanos: tres están constituidos por su *Historia del Perú independiente*, cuyo primer volumen apareció en 1868; el segundo fue *Historia del Perú Independiente. Época de la Confederación Perú Boliviana* (Buenos Aires, 1888); y el tercero *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia* (Buenos Aires, 1883). Su otra obra fundamental fue la *Biblioteca Peruana* (Lima, 1879). Además, no podemos olvidar en este ejercicio de recuerdos el *Atlas geográfico del Perú* (París, 1865).

La contribución de Manuel de Mendiburu a la historia del Perú es fundamental y deslumbrante. En ocho volúmenes, entre 1874 y 1890, publicó el *Diccionario histórico-biográfico del Perú*, obra irremplazable en la exhumación de biografías peruanas hasta las primeras décadas de la República. A Mendiburu y a Paz Soldán —con sus limitaciones, que fueron estudiadas por Riva-Agüero— les debemos el conocimiento esencial de la formación histórica del Perú. Es justo recordar que ellos no fueron especialistas; uno fue militar y político, y el otro promotor de múltiples tareas, pero ambos se acercaron a la historia en búsqueda de la verdad, con devoción y con afecto.

Creo que esta noche deben estar presentes, al lado de la generación romántica, todos los hombres ilustres que escribieron en *La Revista de Lima* y otros, como Agustín de la Rosa Toro, que es un caso ejemplar de maestro de historia del Perú. No podemos olvidar que entre 1849 y 1850 aparecen los primeros textos de historia del Perú, que llegan a manos de los primeros profesores de la materia. Sin hipérbole alguna puede afirmarse que en la segunda mitad del siglo XIX la historia del Perú era un cuerpo de conocimientos y un tema de enseñanza.

Pienso que es interesante recordar algunos textos referidos a temas históricos y surgidos de la creación poética de los románticos. Un ejemplo se presenta en el muy conocido texto de Carlos Augusto Salaverry:

Si el Perú se batió cual buen soldado
y engañó la derrota su desnudo,

bien pueden los valientes que han salvado
pedir paz al “valor infortunado”,
paz, hija del cansancio y no del miedo³.

Por otra parte, el caso de Ricardo Palma es uno de los más representativos de este encuentro entre la historia y la literatura del Perú, y es grato afirmarlo en el ambiente de su casa.

3 Salaverry, Carlos A. “Ambición guerrera”, en *Los románticos*. París, *Biblioteca de Cultura Peruana*, 1938, VIII, p. 80.